













LA SUBIDA DE LAS TARIFAS

El público se niega a pagar el aumento

La elevación de las tarifas de los tranvías ha provocado en Madrid hoy, día en que ha empezado a regir el aumento...

Los primeros incidentes. El incidente de mayor gravedad fué el registrado anoche y del que damos cuenta en otro lugar...

Los tranvías, atestados de gente, estuvieron tiempo y más tiempo detenidos porque los pasajeros se negaban a satisfacer el aumento.

En la Puerta del Sol hubo a la una y media varios alborotos, practicándose también varias detenciones.

Lo que dice el inspector de Seguridad. El Sr. Ródenas, segundo jefe de la Dirección de Seguridad...

Un incidente en la línea del Pacífico. Esta mañana nos visitó en la Redacción del periódico un obrero...

Las protestas. Las protestas del público empezaron a primera hora de la mañana.

Una nota de la Empresa. El director general de la Sociedad Tranviaria del Este de Madrid...

Hablan tres concejales. Los concejales Sres. Serrán, marqués de Villabragima y Asprón...

Tranvías detenidos.—La Guardia Civil acude. La relación de los incidentes ocurridos con tal motivo sería interminable.

Detenido. El señor conde de Limpías, con quien hemos hablado a las dos de esta tarde...

Revista de comisario. La revista de Comisario del presente mes de julio la pasarán las clases militares...

DE HACIENDA. El ministro de Hacienda manifestó a los periodistas que hasta las doce del día...

ALCANCE POLÍTICO. El Sr. Ruano confirmó esta madrugada que el ministro de la Gobernación...

INFORMACIONES TEATRALES. ACERCA DE UNA OBRA. Por diferencias de cortesía con el empresario...

Ultima hora. Alicante a oscuras. Alicante, 1.º.—Añoche estuvo la población totalmente a oscuras...

LA DIPUTACION DE GUIPUZCOA. Para el Consejo de la Liga de las Naciones. San Sebastián, 1.º.—La Diputación provincial...

EN LA HABANA. BENEFICIOS DE CARMEN CREHUET. Reina Victoria.—La encantadora y simpática primera tiple del Reina Victoria...

TOROS EN TETUAN. Con muchísima animación se celebró ayer tarde una novillada a beneficio de la Casa de Socorro de Tetuán...

LAS RUTAS DEL AIRE. Servicio diario entre Inglaterra y Holanda. Londres, 1.º.—La Oficina central de Correos...

POLACOS Y RUSOS. Los bolcheviks ocupan varios pueblos. Londres, 1.º.—Un radiograma de violentos combates...

a Cuerpo y los pensionistas de las cruces de San Fernando y San Hermenegildo...

Los oficiales de reemplazo, transeúntes y con licencia de todos los Cuerpos del Ejército...

Las partidas sueltas e individuos de tropa transeúntes, el día 2, de tres a cinco de la tarde...

TEATRO DE LA ZARZUELA. CINEMATOGRAFO Y VARIETES. HOY JUEVES. 2 DEBUTS. JERLAWAL'S (excéntricos). MEXICAN MORALES (bañes).

ALCANCE POLÍTICO. No hay reforma orgánica. El Sr. Ruano confirmó esta madrugada...

INFORMACIONES TEATRALES. ACERCA DE UNA OBRA. Por diferencias de cortesía con el empresario...

Ultima hora. Alicante a oscuras. Alicante, 1.º.—Añoche estuvo la población totalmente a oscuras...

LA DIPUTACION DE GUIPUZCOA. Para el Consejo de la Liga de las Naciones. San Sebastián, 1.º.—La Diputación provincial...

EN LA HABANA. BENEFICIOS DE CARMEN CREHUET. Reina Victoria.—La encantadora y simpática primera tiple del Reina Victoria...

TOROS EN TETUAN. Con muchísima animación se celebró ayer tarde una novillada a beneficio de la Casa de Socorro de Tetuán...

LAS RUTAS DEL AIRE. Servicio diario entre Inglaterra y Holanda. Londres, 1.º.—La Oficina central de Correos...

POLACOS Y RUSOS. Los bolcheviks ocupan varios pueblos. Londres, 1.º.—Un radiograma de violentos combates...

# ¡ MADRILEÑOS !

COMPRAD  
**"LA VOZ"**  
 Ocho grandes  
 páginas  
 10 CENTIMOS

Desde el día 1.º de julio comprad el nuevo rotativo que se publicará con el título de

## "LA VOZ"

GRAN PERIÓDICO MADRILEÑO DE LA TARDE

Amplísima información \* \* \* Colaboración espléndida

Secciones nuevas

Para anisados. Para Licores  
 Para jarabes. Para escarchados  
 Para coñacs.

**FRANCISCO ALVAREZ** CONSTANTINA  
 Sevilla

**Vajillas, grandes surtidos**

Nuevos dibujos, muy baratos. Copas, vasos, botellas, jarras, juegos de café, juegos de lavabo, lámparas para luz eléctrica, libros para agua, tazas, jicaras, objetos para regalo.  
 Calle de Espoz, y Mina, núm. 40, esquina a la plaza del Angel. MADRID.

## ANUNCIOS

Montera, número 19.

**El conocido ex comerciante**

y propietario José Cabiedes se encarga de administrar líneas urbanas en Madrid.  
 Despacho, 9, Caracas, 9, principal izquierda.  
 de 8 a 10 y de 2 a 5.

## MATERIAL FERROVIARIO

Compramos carriles, vagones, vagonetas, molinos, material de hierro y motores. -Peligros, 3, entresuelo.  
 S. A. LA VASCONGADA

## VINOS TINTOS

de los herederos del  
**MARQUES DE RISCAL**  
 ELCIEGO (Alava).

Pídanse en todos los hoteles y restaurantes.

MARCA



CONCEDIDA

DEPOSITOS EN MADRID

- Sras. Hijas de Baldomero García, «High-Life», Carrera de San Jerónimo, 14.
  - D. J. Pecastring, Príncipe, 13.
  - Sres. D. Carlos Prast y Hermanos, Arenal, 8, «Las Colonias».
  - Sres. Hijos de Ripoll, Puerta del Sol, 8, «La Mallorquina».
  - D. Adriano Alvarez, Barquillo, 3, ultramarinos.
  - D. Francisco de Cos, Conde de Xiquena, 2, y paseo de Recoletos, 21.
  - D. Juan Fernández Rodríguez, Hortaleza, 15, e Infantas, 4 y 6.
  - D. Angel Duque Gimeno, Alcalá, 41, «La Negrita».
  - D. H. Pidoux, Cruz, 12.
  - D. Santiago Mollinedo, Conde Romanones, 12
  - D. Francisco Aldama, Ciudad Rodrigo, 10 y 15
- Aviso muy importante a los consumidores.  
 Exigid siempre intacta la malla de alambre que precinta la botella y a la media botella.  
 Fíjense muy especialmente en nuestra MARCA CONCEDIDA



## Como la nieve

se conservan viandas y bebidas en nuestros especiales ARMARIOS FRIGORÍFICOS para restaurantes, cafés y particulares.

UTENSILIOS DE COCINA, sorbetes y CESTAS para campo y viaje.  
 Marín, 12, plaza de Herradores, 12 (esquina a San Felipe Neri).

Años de comprar espectáculos nacionales o extranjeros y recetas, preguntar precios en Puebla, 11, far. nacia de García Moro. Tenemos el Depurativo Radical mejor del mundo.

Tomamos traspaso colegio niños o niñas, sitio céntrico. Salud, 11, 3.º, de ocho a nueve.

ESPONJAS para tocador, baño y coches plumas, gamuzas y cepillos de todas clases y para todos usos; polvos para la polilla, natallina alcanforada y alcanfor, gran surtido y precios económicos. Droguería Moreno. Mayor, 35, esquina; teléfono 17-10.

## LINOLEUM

persianas, Saldo 3.000 piezas, mitad precio. Teléf. J. 20-23. SLINAAS, 5, Carranza, 5.

## NEGOCIO

Cada 3.000 pesetas rentan 180 al mes, con absoluta garantía. Informes: Crédito Internacional, Preciados, 10, 2.º. De 4 a 8. Esta casa, fundada en 1904, no tiene sucursales.

## Persianas

LINOLEUM, persianas, huiles, salido. Teléfono M. 4.905. SERRA-5, FUENTES, 5.

Jipis, limpiándolos quedará como nuevos. Cádiz, 7, 2.º.

## Las galletas OLIBET

son las mejores

**SOCIEDAD ANÓNIMA DE ÓMNIBUS**

— AVISO —

Participa al público que tiene establecido un servicio de transportes desde las estaciones de Atocha-Norte y Delicias A DOMICILIO, dentro del primer radio de la población a precios económicos, para las expediciones que lleguen facturadas en Pequeña y Gran Velocidad y con pesos que sean fácilmente manejables por el personal.  
 Se admiten talones expediendo recibo de ellos a los consignatarios, en los Despachos Centrales de las Compañías de los Ferrocarriles de M. Z. A. y M. C. P., Alcalá, 12, y NORTE, Mayor, 32.

**Ozonopino Ruy - Ram**

Perfume del bosque, con el bactericida trioximetileno, es el bálsamo de la vida, evita las enfermedades contagiosas y hace agradable la estancia en las habitaciones, regenerando y purificando la atmósfera, se emplea con gran éxito en Palacio Real, Ministerios, Ayuntamiento, Casinos, Circulos, Teatros, Talleres y Casas particulares.

**Carretas, 37, principal**

**LINIMENTO GÉNEAU**

10 Años de Exito No mas FUEGO No mas doladuras

SOLO TOPICO reemplazando al Fuego sin dolor ni caída del pelo, cura rápida y segura de las Cojeras, Esparavanes, Sobrehuissos, Torceduras, etc., etc. Es valioso y resolutivo inmejorable en las gonorreas y muelas de garrapata. Farmacia SEGUIN 165, Calle St-Honoré, 3 PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

**La Prensa ANUNCIOS**

CARMEN, 18.

Combinaciones económicas de varios periódicos. Pídanse tarifas y presupuestos para publicidad en Madrid y provincias. Grandes descuentos en anuncios y esquelas de defunción, novenario y :: :: aniversario :: ::

**JARABE DE GIBERT**

y Grajeas AFECCIONES SIFILÍTICAS VICIOS de la SANGRE

Prescritos por los primeros Médicos Preparados por DOUTIGNY-DUHAMEL, Farmacéuticos DESCONFIESE DE LAS IMITACIONES. AGENCIA: Maison-Lafitte Paris.

**SANTA TERESA, AVILA**

Agua radiactiva. Clima seco y de altura: 1.236 metros. El mejor Sanatorio de verano. Aparatos respiratorio y digestivo; servicio completo de hidroterapia; hotel de primer orden. Luz eléctrica, teatro, salas de billar y tresillo, cinematógrafo, extensos jardines y piscinas, coches a todos los trenes. Faltos gratis en Madrid.  
 LA CENTRAL ANUNCIADORA, Pelayo, 52, y Administrador en el Baleario.

**LA PUBLICIDAD**

AGENCIA DE ANUNCIOS

León, 20, teléfono 1.085

Se reciben Anuncios, Esquelas, Reclamos, Noticias y toda clase de publicidad

**Epiteliomas, cáncer, lupus, fístulas y similares.**

Se curan únicamente con EPITELIOL, medicamento nuevo, intensivo, de aplicación directa. Literatura gratis al que la pide. Frasco: 15 ptas.; doble, 25 ptas.; de ensayo, 6 ptas.; por correo, certificado sin argumento, enviando su importe. Pedidos a EPITELIOL Factor, 16, Madrid

**PILULES et Sirop BLANCARD**

Los Productos de Blancard al Ioduro de Hierro (PILDORAS y JARABE) Aprobados por la Academia de Medicina de París son el Especifico de ANEMIA, CLOROSIS DEBILIDADES, RAQUITISMO

Los productos auténticos, rigurosamente dosificados, son los únicos inalterables y eficaces.

**LA FORESTAL DE URGEL**

CALLE DE CORTES 684.—TELEFONO 1.210

DIRECCIÓN TELEGRAFICA: MIBERN, BARCELONA

FABRICA DE CARTULINAS Y CARTONES FINOS EN MOLLERUSA (LÉRIDA)

FABRICA DE PASTAS Y CARTONES EN BORJAS-BLANCAS (LÉRIDA)

Reformadas las fábricas con arreglo a los últimos adelantos de la fabricación moderna, se obtiene una reducción en los precios que actualmente se cotizan en el mercado español, a la par que la máxima perfección en todos nuestros artículos, como son:

CARTULINAS MATIZADAS PARA LITOGRAFIA, RELIEVES, ETCÉTERA. CARTULINAS Y CARTONES BICOLOR, A PROPOSITO PARA LA CONFECCION DE CAJAS POR PROCEDIMIENTO MECANICO. CARTON MADERA BLANCO, CARTON CUERO. BILLETES-TICKETS-FERROCARRIL.

PRODUCCION DIARIA: 8.000 KILOS

Al sa...  
 D. Calis...  
 sonrisa...  
 de los po...  
 ta, dicié...  
 —No...  
 de partici...  
 ción dar...  
 do en el...  
 Y cru...  
 edificio...  
 móvil, y...  
 feurn: ...  
 —A...  
 El ca...  
 luego su...  
 tellana...  
 D. Ca...  
 dos alm...  
 hondo s...  
 Salía...  
 do de la...  
 lleno del...  
 ra le ac...  
 de la po...  
 requeria...  
 te que...  
 pensaba...  
 taño los...  
 moment...  
 tud, ni...  
 las inici...  
 tades de...  
 ? Cans...  
 hacían...  
 de los a...  
 más las...  
 dicos qu...  
 vir de ad...  
 afán has...  
 la persp...  
 gustaba...  
 fáciles...  
 atención...  
 posición...  
 ciendo c...  
 lesta...  
 El se...  
 nistro d...  
 ro de la...  
 fracción...  
 varias...  
 grandes...  
 más in...  
 sentía...  
 mediabl...  
 física, d...  
 sedimen...  
 chas, lle...  
 desenga...  
 era has...  
 de todo...  
 sentir y...  
 gún des...  
 cosa qu...  
 de su m...  
 Tod...  
 ambició...  
 otorgad...  
 público...  
 como r...  
 protecto...  
 en toda...  
 Quiso f...  
 gistas y...  
 del Pod...  
 boato, ...  
 dad, los...  
 bernació...  
 disputa...  
 Dura...  
 Calixto...  
 ante to...  
 más tar...  
 ra de r...  
 secuela...  
 des dis...  
 pularid...  
 En s...  
 buena...  
 jos, con...  
 los deu...  
 bre; y...  
 codicia...  
 la cana...  
 yerno;...  
 familia...  
 vian fel...  
 lares de...  
 secuent...  
 Así...  
 senta a...  
 eludible...  
 del Re...  
 cargo y...  
 vidad y...  
 veces!...  
 crificio



LEA USTED LAS OBRAS DE «EDITORIAL CALPE»

# Una novela corta inédita

LEA USTED LAS OBRAS DE PEREZ GALDOS

## La última pasión

Julián Fernández Piñero

### Su excelencia se aburre

Al salir del palacio de la Presidencia, D. Calixto, como siempre, con su afable sonrisa bondadosa, esquivó la curiosidad de los periodistas que esperaban a la puerta, diciéndoles una y otra vez:

—No pasa nada, señores; no hay nada de particular. El ministro de la Gobernación dará a ustedes referencias de lo tratado en el Consejo.

Y cruzando el pequeño jardincillo del edificio oficial, D. Calixto llegó a su automóvil, y montando en él, dijo al «chauffeur»:

—¡A casa!  
El «auto» empezó a trepidar, rodando luego suavemente por el asfalto de la Castellana.

D. Calixto, arrellanándose en los blandos almohadones del asiento, exhaló un hondo suspiro de satisfacción.

Salía del Consejo de ministros, el segundo de los celebrados en aquella semana, lleno del mismo hondo desaliento que ahora le acometía, siempre que los vaivenes de la política o las perturbaciones del país requerían una atención más fija y diligente que las habituales. Indudablemente pensaba, ya no le interesaban como antaño los acontecimientos, ni sentía en los momentos difíciles aquella noble inquietud, ni amaba ya con ardores de luchador las incidencias de los debates y las dificultades de oscura solución.

¿Cansado? Tal vez. Ya en su espíritu hacían cada día menor mella los ataques de los adversarios, y cada vez desdénaba más las diatribas y censuras de los periódicos que antes tenían la virtud de servir de acicate a su ímpetu y de espolear su afán hasta lo increíble. Ya no gozaba con la perspectiva de un enconado debate, ni gustaba con fruición de los momentos difíciles, por el placer de resolverlos, y las atenciones y responsabilidades de su alta posición social ibanle gradualmente pareciendo carga excesiva y sobradamente molesta.

El señor D. Calixto Ruipérez, ministro de Estado, varias veces ya consejero de la Corona, jefe de una importante fracción política, caballero gran cruz de varias Ordenes, consejero conspicuo de grandes empresas nacionales y uno de los más influyentes personajes de España, sentía en su ánimo la laxitud de un irremediable aburrimiento. Era quizá fatiga física, debilidad moral, engendrada por los sedimentos de cuarenta años de rudas luchas, llenas de inquietudes y esmaltadas de desengaños y quebrantos. Quizá también era hastío, repugnancia por el hartazgo de todo, seguridad de que no había de sentir ya de nuevo los espolazos de ningún deseo ni la avidéz de ansiar ninguna cosa que no hubiera estado ya al alcance de su mano.

Todo cuanto la vida podía ofrecer a la ambición más concupiscente había sido otorgado por la Fortuna al ilustre hombre público. Ambicionó riquezas, y el dinero, como rodado por la intención de un hado protector, llenó sus gavetas y se multiplicó en todas sus empresas con leve esfuerzo. Quiso figurar entre los más preclaros legisladores y gobernantes, y todos los honores del Poder, las vanidosas satisfacciones del boato, el ejercicio aparatoso de la autoridad, los más codiciados puestos en la gobernación del país y las prebendas más disputadas estuvieron a su alcance.

Durante cuarenta años, la vida de don Calixto fué un perpetuo gesto de avidéz ante todo. El acta, primero; el Gobierno, más tarde; la senaduría, después; la cartera de ministro, luego; y como obligada secuela, los títulos honoríficos, las grandes distinciones, las encomiendas, la popularidad, la riqueza.

En su hogar, a la sombra de aquella buena fortuna, incansable, crecían los hijos, con el porvenir asegurado; medraban los deudos al calor generoso del gran hombre; casábanse las hijas, con prodiga dote codiciada; nacían los nietos, trayendo en la canastilla el acta de diputado para el verño; y todos los que en el recio árbol familiar tenían entronque o vecindad vivían felices y confiados en los manes tutelares del grande hombre afortunado y consecuente.

Así, D. Calixto había llegado a los sesenta años, siendo una vez más, por ineludibles compromisos políticos, ministro del Rey. Ya los gajes y dignidades del cargo no llenaban, como antaño, su actividad y su orgullo. ¡Lo había sido tantas veces! Para él era ahora un verdadero sacrificio intervenir en la gobernación del

Estado. Estaba fatigadísimo, ahito ya de trabajos y de recompensas. Había luchado bastante. Todo lo había conseguido ya: un nombre ilustre y una fortuna saneada. ¿Para qué continuar? Los hijos mismos no necesitaban ya la ayuda paterna; y él, viudo desde hacía unos años, lindando con la senectud, no había menester de más esfuerzos.

En tal estado de ánimo llegó D. Calixto a su casa.

En el antedepacho, varios empleados de su secretaría teleaban furiosamente en las máquinas de escribir, despachando la correspondencia del ministro. Don Calixto les contempló un momento compasivamente.

Erán casi todos muchachos hijos del distrito que él representaba hacía tantos años, enviados por sus padres a Madrid para practicar en el bufete del ilustre hombre público, con la esperanza de que un buen día la mirada del prócer descendiera sobre ellos y les dispensara la protección que habría de ponerlos en camino de ser también grandes hombres.

D. Calixto, viéndolos, recordando los otros que allá en la secretaría del ministerio se afanaban también por solventar sus asuntos, sintió en el alma la mordedura de una leve ironía, dolorosa y compasiva a un tiempo mismo.

—¡Pobres muchachos!—pensó—. Ellos, aquí y allá, afanosos y serviciales, consumiendo sus energías juveniles por defender y dar curso a mi bufete, a mi cartera de ministro, a mi acta de diputado, a mi dinero, a todo esto, en fin, de que yo estoy tan harto, tan harto...

D. Calixto consultó su reloj. Erán aún las cinco y media. Al través de las amplias cristalerías contemplábase languidecer sobre el cielo, de un tenue azul, una suave tarde marceña. En la lejanía, allá en las linderas del Hipódromo, el sol poniente fingía entre la floresta un vivo incendio fugitivo.

Vencido, al fin, por aquella dulce melancolía que le invadiera desde que salió del Consejo, D. Calixto dió orden de que los secretarios se marcharan entonces, sin concluir el trabajo, antes de la hora habitual. ¡Allá los muchachos a gozar la inefable serenidad de aquel crepúsculo de tonos malva y violeta, paseando por las largas avenidas, llenas de hojas ocres, como él en las tardes, ya lejanas, de su juventud.

D. Calixto penetró después en el salón que le servía de biblioteca: un amplio despacho severamente decorado, con espaciosos ventanales velados por claros «stores» y grandes anaquelérras repletas de volúmenes. En ellos estaban tal vez toda la ciencia de los hombres. En ellos buscó febrilmente, en otros tiempos, el luchador horizontes para su vida y elementos para sus luchas. Ellos continuaban allí incólumes, erguidos, conservando cada uno entre sus lomos un átomo de las verdades eternas; y él, el hombre que lleno de fe los tuvo por consejeros y amigos, estaba roto, deshecho por la vida, enfermo de desengaño y de hastío, de toda la amarga realidad de los años, que no pudieron vencer ni precaver aquéllos ni ningún libro del mundo.

Quiso leer D. Calixto y no pudo. Una gran pereza, una languidez extraña e inhabitual prensaba sus músculos y su cerebro. Leves golpes en la puerta de la habitación disrtrajéronle de su divagar.

—¡Adelante!  
Andando quedo, dando menudos saltitos penetró en la biblioteca D. Esteban, el hombre de confianza del ministro, su secretario particular, al corriente de todas sus intimidades, y el que desde hacía más de veinte años cuidaba de los negocios y quehaceres de mayor confianza.

—¿Qué sucede, Esteban?  
—Nada, señor; la correspondencia.

—Déjala ahí, sobre la mesa. No tengo ahora ganas de nada, hijo...

—Bien, señor—insistió el secretario—; pero es que entre las cartas particulares llegadas esta tarde hay alguna que tal vez pueda interesarle al señor...

D. Calixto se puso en pie rápidamente. Ya sabía él a lo que podía referirse el viejo secretario, que siempre aludía a lo mismo con las mismas ambiguas palabras.

D. Calixto contempló un instante entre sus dedos el sobre pequeño, color lila, impregnado de un suave perfume de rosas.

—¡Oh aquel D. Esteban, tan delicado siempre, que, aun sabiéndolo «todo», jamás hablaba de «aquello» claramente sino con una delicada alusión que hacía pa-

recer ignorante de lo que «aquello» significaba!...

Mientras D. Esteban hacía lucir la lámpara de la mesa, D. Calixto rasgaba, impaciente, el sobre.

En la carta, con una fina letra de agudos perfiles y rasgos largos y firmes, reveladores de un carácter sutil y voluntarioso, se decía solamente:

«¿Por qué no has venido anoche? ¿Estás enfadado conmigo? Te espero mañana a la hora de siempre.—A.»

—¡Por fin!—exclamó D. Calixto, con un hondo suspiro, satisfecho.

Bajo la mirada socarronamente compa-



La silueta de la mujer moderna exige una abundante cabellera, para lo cual es necesario usar a diario el  
**Petróleo Gal**  
que vigoriza y tonifica el pelo, evitando su caída.  
Frasco grande 4,50  
pequeño 2,50

siva que, tras sus lentes le dirigía D. Esteban, el ministro se acercó a la chimenea, volvió a lanzar una ojeada a la carta y la rasgó, desmenuzándola concienzudamente, apurando mucho los pequeños trocitos, que revoloteaban un momento al prender en las lenguas amarillas y azules de la hoguera.

Silencioso y abstraído, D. Calixto los miraba arder, conmovido como un estudiante sentimental que quema los recuerdos de una novia. ¡Lindos trocitos perfumados, sobre los que se apoyó una mano blanca y blanda de mujer! ¡Arden las cartas femeninas y se consumen en la hoguera, como si se resistieran a morir, esquivando la mortal caricia de la llama, burlándola al volar, como si el espíritu de la fémína amada les diese vigor e impulsos propios!

—¡Vamos!—exclamó para sí el prócer—. ¡Pues no parezo un chiquillo!

Aquella breve carta hizo el prodigio de avivar la languidez espiritual del gran ministro. ¡Aquella carta firmada «A.» por aquella discretísima Africa, dulce amiga rubia y blanca, prodigiosa mujercita de veintitrés años, que tenía en su voz y en sus ojos como una clara fuente de felicidad!

D. Calixto llamó a su secretario, y sin mirarle, por temor al dulce reproche que adivinaba siempre en las pupilas del viejo criado, le dió:

—Díle a Ramón que prepare la berlina.

Sonreía el ministro pensando en la próxima escapatoria, realizada en el misterio del atardecer, hasta aquel lindo hotelito del final de la calle de Ayala, donde vivía la linda diablita rubia. Nadie podría sospechar, en tal hora, el devaneo del ilustre hombre público. El lujoso automóvil oficial, el suyo propio, quedaban relevados de la excursión, y solo en su vieja berlina, guiada por su antiguo cochero Ramón, nadie podría adivinar que fuera él el potentado político tan prestigioso.

—Pareces un banquete o, mejor, un senador—había dicho una vez Africa, viéndole llegar en la berlina.

—Y lo soy—respondióle D. Calixto.

—Bueno—replicó ella—; pero parecen un senador de los otros...; de los que lo parecen, aunque no lo sean!

¡Divina chiquilla rubia, parlara, frívola y alegre como una copla! Para ella eran las más gratas horas del prohombre, que ante las dulces gracias, blancas y blondas de la nena, olvidaba en los más críticos instantes su jerarquía y sus responsabilidades. Junto a ella habíase sentido muchas veces feliz y olvidado de todo, mientras políticos y periodistas andaban intriguados por averiguar dónde podría hallarse el político ilustre, del que se esperaba la actitud solucionadora de la crisis...

—¿Señor, el coche!

D. Calixto, alegre y ágil como un chiquillo, se embutió en su gabán de pieles, calóse un sombrero flexible, y limpiando

sus áureos lentes de roca, atravesó el vestíbulo y penetró en su berlina.

El coche empezó a rodar velozmente, suavemente, por la larga avenida, en la que empezaban a encenderse las luces como una guirnalda de estrellas lívidas entre las frondas.

D. Calixto se regodeaba por anticipado, pensando en la sorpresa que iba a dar a su linda amiga, que no le esperaba hasta el día siguiente por la noche. La sorprendente disponiéndose a cenar, o enfrascada tal vez en la lectura de alguna de aquellas diabólicas novelas que tanto le gustaban...

Retreado en el asiento, su excelencia sonría feliz, contento de la vida y de aquella dulce hora de su vida...

### La «amiga» del ministro

Ocho años antes, D. Calixto Ruipérez, ministro entonces de Gracia y Justicia, giraba una visita de inspección a los más importantes establecimientos penales de España.

Visitando el presidio de Ceuta, después de un espléndido banquete que le ofrecieron las autoridades locales, D. Calixto pasó revista al personal de guardianes y empleados. En una de las galerías, al pasar el ilustre hombre público, fué detenido por una linda chiquilla rubia, que, plantándose ante su excelencia con un alegre mohín de desenfado, le alargó un pliego manuscrito, mientras le decía entre zalamera y suplicante:

—¡Señor ministro, no deje su excelencia de leer esto!

Tomó el ministro de manos de la chiquilla el pliego, y acariciándole suavemente la barbilla, preguntóle:

—¿Y quién es usted, si puede saberse, señorita?

La nena, preparada para la escena de la entrega del memorial, pero no para sucesivos diálogos, turbóse profundamente, poniéndose encarnada hasta la raíz del cabello. Al fin, triunfando su natural parlero y decidido, respondió:

—Yo, señor, soy hija de D. Andrés Jimeno. ¡El empleado más antiguo del penal!

—Bien; y ¿cómo te llamas tú?—insistió el ministro.

—¡Oh! Como nuestra Patrona, señor. Me llamo Africa.

—¡Lindo nombre para una niña tan linda!

Volvióse a turbar la muchacha, y don Calixto, dejándola encendida en rubores, continuó por la galería, prosiguiendo su visita.

Después encargó a su secretario que viera si había forma de acceder a la demanda que en el pliego se hacía. Don Andrés Jimeno, en su instancia, después de hacer constar sus largos y bien apreciados servicios, expresaba sus deseos de ser trasladado a otro establecimiento penitenciario de la Península, a Madrid, a ser posible, pues a sus muchos años y quebrantada salud infligía grave daño el clima húmedo de Ceuta. Una afección reumática añeja habíasele recrudecido, y los médicos no cesaban de aconsejarle el cambio de clima. Una y cien veces D. Andrés había solicitado el traslado, y otras tantas su petición, falta de la influencia de una recomendación valiosa, habíase perdido en el trajín de ministerios y direcciones, entre otros mil inútiles expedientes e instancias.

Ya desconfiaba D. Andrés de lograr el traslado con tanto anhelo deseado, y hasta habíase resignado ya a padecer su cruento reuma hasta que Dios fuese servido de aliviarle de él al par que de la pesadumbre de la vida, cuando la anunciada visita del ministro de Gracia y Justicia hizo concebir el plan de tan feliz manera realizado.

El, durante la visita oficial, no podría dirigirse al ministro; pero su hija, que con otras hijas y amigas de las familias de empleados habían de presenciar la llegada del prohombre y tomar parte en el afectuoso recibimiento, sí podía, sin dificultad y de modo tal que más bien pareciera gracioso atrevimiento infantil, entregar a su excelencia la petición.

Unos meses después, D. Andrés, agradado, por buen arreglo del ministro, a uno de los negociados del ministerio de Gracia y Justicia, llegaba a Madrid, acompañado de su hija, que, rayana ya en los cuarenta años, mostrábase como fragante promesa de lo que había de ser flor de feminidad espléndida y tentadora.

Rubios los cabellos como las candelas legendarias de la noche del señor San Juan; negros, luminosos y aterciopelados, en magnífico contraste, los ojos, velados por largas pestañas rizas; fina la nariz, de rosadas aletas vibrátiles; breve y carnosa la roja boca, pulpa encendida y jugosa sin desflorar; blancas y pulidas las finas manos señoriles; quebradizo el talle; redondos y armónicos los hombros; agudas y firmes las incipientes turgencias de los senos en flor; esbelta la figura; breve el pie, y en el andar, el ritmo gracioso y ondulante de su tierra mora, Africa era ya una linda mujercita airosa y gentil que

hacía que los hombres, en la calle, se volvieran a mirarla y que de vez en cuando los pipopos, madrigales bárbaros del arroyo, chispearan a su paso como flores de picardía y de lujuria...

Fué el primer quehacer de padre e hija, apenas llegados a la corte, el de visitar a D. Calixto para rendirle testimonio de su agradecimiento por el ansiado bien que con el traslado les había hecho. Ofreciéronse ambos en cuerpo y alma al grande hombre protector, y de entonces en adelante mantuviéronle en sus corazones un culto vivo y profundo.

No volviera D. Calixto a acordarse de sus protegidos hasta que, pasado un año, hallándose él en su despacho particular, anunciáronle la visita de Africa.

Haciendo un esfuerzo, formó memoria el político de quién pudiera ser la visitante, y accedió en el acto a recibirla.

Presentóse la nena envuelta en negras tocas, pálida y afligida por una honda pesadumbre. Los crespones de luto hacían resaltar sobremanera la blancura marfilina de su tez, más acentuada con el contraste de sus labios, rojos y brillantes como fresones, y sus ojeras, semejantes a dos páldas violetas maravillosas.

Africa hacía quince días había visto morir a su padre, aquel D. Andrés caduco y bondadoso, que era su único amigo y el solo sostén de su vida. Huérfana la nena, viéndose tan aislada e indefensa en la gran ciudad desconocida, recurría a su bondadoso protector en demanda de amparo. Ella no tenía otra mano amiga a quien tender su implorante mano huérfana. Don Calixto podía con su influencia avivar la lentitud de los trámites oficiales y conseguir con la necesaria premura la pensión que la ley concedía a la huérfana del viejo empleado.

No fueron precisos ruegos ni lágrimas. Don Calixto, subyugado por el inefable encanto de aquel lindo rostro, blanco y doliente, contraído en un gesto de súplica, prometió ocuparse con toda diligencia de su suerte.

Entre las manos rugosas del viejo político temblaron un instante las páldas manos de Africa. Manos cuidadas, ociosas y señoriles, que transmitieron a la del prócer una llamarada enervante de calor juvenil, fragante y delicioso.

D. Calixto se preocupó de los asuntos de la nena. Menudearon las visitas, las entrevistas en el severo despacho del personaje, sus consejos a la linda desvalida, a la que temporalmente, mientras se arreglaba el expediente de su orfandad, el político tomó bajo su protección, cuidando de proveerla de todo.

Aficionóse D. Calixto a la gentil compañía de la huérfanita, al animado encanto de su charla, a su clara risa ingenua, al vivo resplandor ardiente de sus ojos curiosos, a sus pueriles travesuras graciosas, a su inquietud juvenil, esperanzada e intuitiva.

Poco a poco fué el prócer recreándose con más deleite en las gracias jóvenes de su protegida, hasta que llegó un punto en que constituyó un imposible para él permanecer un solo día sin pasar unos instantes al lado de Africa.

En su vida, que él creyera ya opaca y solitaria para siempre; en su aislamiento de varón marchito por la larga lucha; en su viudedad prolongada, vivida a solas, distantes ya las dulzuras del propio hogar, entregados los hijos a sus afanes y los demás deudos a sus trabajos, D. Calixto veía—él también—huérfano de todo cariño, lejos de toda alegría, ayuno de ternura en su senectud ilustre y aburrida.

Fué para él la sociedad de la nena un manantial de emociones que ya no vivían sino en su recuerdo, como un rayo claro de sol, tibio y alegre, en la desierta sequedad de su vejez.

Paternal y celoso a un tiempo mismo, fué el amor del prócer para Africa. En su cariño se juntaban, unánimes, la ternura delicada del abuelo para la niña alegre y confiada y el súbito hervor, insaciable y violento, del hombre que sabe que la última pasión ha llegado para su vida.

Y en su vida, que creyó él seca para siempre, floreció en el ocase aquel amor tardío, estéril y furioso, lleno de inquietudes de experimentado y de celos de amante, por aquella gentilísima chiquilla, espléndida de feminidad, blanca, blonda y frívola, que saltaba sobre sus rodillas, acariciándole las blancas barbas pluviales y llamándole mimosa y perversa:

—¡Mi «viejito»! ¡Mi «viejito»!

D. Calixto, al llegar frente al hotelito, despidió su coche, atravesó rápido el pequeño jardincillo delantero de la casa y penetró en el zaguan.

Extrañóle al prohombre que la puerta, al ruido de su llegada, no hubiera sido franqueada con la profitud de costumbre. Pulsó el timbre, que vibró largo e insistente, punzando el silencio.

Aún esperó unos segundos, que se le antojaron excesivos, habituado como estaba a no aguardar jamás. Al fin percibió a lo largo del entarimado pasillo interior un precipitado taconeó, y la doncella de Afri-

Compra un PACKARD que es el mejor automóvil

Sociedad: Teatros: Miscelánea

Sé cliente de NEW ENGLAND y cuanto uses será elegante

ANIVERSARIOS

Mañana se cumple el quinto aniversario de la muerte del marqués de Cañada Honda. Todas las misas que en dicho día se celebren en San Pascual...

SUFRAGIOS

Todas las misas que el día 3 se digan en la parroquia de San José, el 5 en la iglesia de San Luis Gonzaga...

VIAJES

Se ha trasladado a Algorta con su familia D. Fernando Alonso Urquijo. También ha llegado a Algorta...

PETICION DE MANO

Para D. Víctor Gaminde ha sido pedida la mano de la Srta. Margarita Cortajarena. La boda ha sido concertada para el próximo septiembre.

NATALICIO

La esposa de D. Juan Manuel de Urquijo ha dado a luz con felicidad un robusto niño.

ENFERMOS

Se halla restablecido en Bilbao D. Luis de Eleizalde. Se encuentra enferma de alguna gravedad la Srta. María González Quevedo...

NOTAS VARIAS

Ha sido ascendido a secretario de tercera clase, con destino en la Legación de México, D. Luis de Silva y Goyeneche...

NECROLOGICAS

Nuestro querido compañero el jefe del gabinete de Prensa de Gobernación, don Antonio Cases, y su distinguida esposa...

Noticias de sociedad

REYES Y PRINCES

Se asegura que S. M. la Reina Doña María Cristina hará este verano una excursión a Suiza.



Los Reyes de Bélgica y sus hijos menores pasarán el mes de agosto en Ostende, en el Palacio Real, que ha sido restaurado recientemente.



El Príncipe Aage de Dinamarca ha pasado una temporada en Metz.



El Rey Alberto de Bélgica se trasladará de Suiza al campo de aviación de Bourget, cerca de París...

LA LEGION ESPAÑOLA DE LA CRUZ ROJA ARGENTINA

Doña Guillermina Oliveira César de Wilde, que durante varios años fué, en unión de su marido, el doctor Wilde...

UNA COMIDA

Se ha celebrado una comida en la Embajada de Francia, a la que los condes de Saint-Aulaire invitaron al embajador de los Estados Unidos y Mrs. Willard...

FIESTA BENEFICA

Ayer se celebró con gran éxito la fiesta organizada por la Sociedad Cultura y Progreso Femenino, que preside la señora González Fiori...

CAPITULO DE BODAS

En Zaragoza ha contraído matrimonio la señorita Pilar de Santa Pau y Arriego y D. Luis Tomás Miravete.

Firmaron el acta como testigos D. Luis Pérez Cistué y D. José Arbós. Los nuevos esposos marcharon a Barcelona en viaje de bodas.

En la iglesia parroquial de la Concepción se ha celebrado la boda de la señorita Carmen de Ochoa y Luxan con don Gonzalo Valscarcel y Gil de Osorio.

ca abrió la puerta murmurando entrecortadas excusas: —¡Perdone... perdone el señor!...

—¡Y la señorita?—preguntó malhumorado D. Calixto.

—En el comedor... o en el gabinete, señor...

El ministro atravesó el estrecho callejón, cruzó el recibimiento, en penumbras, y llegó al gabinete, desierto.

En esto oyó la voz de África advirtiéndole lo:

—¡Estoy aquí, en el comedor! Hizo girar la mampara de cristales y penetró el prohombre en la estancia.

África le aguardaba en pie junto a la mesa, dispuesta para la cena.

La linda chiquilla, nerviosa, con un extraño dejo en la voz, trémula, pálida y descompuesta el rostro, dijo a D. Calixto:

—Pero ¿cómo tú aquí? El, sin responder, interrogó:

—¿Pero qué cara es esa? ¿Qué te sucede, mujer? ¿Estás enferma acaso? —No, nada. Es que me he sobresaltado un poco al oír llamar... ¿Como no te esperaba!

Ya iba su rostro adquiriendo los sonrosados matices habituales; volvían a brillar sus ojos, llenos de luz y alegría, pasada la turbación momentánea.

D. Calixto recobraba también la tranquilidad; se acercaba a ella sonriente, con su gesto bondadoso y cordial.

Al llegar junto a la nena, el ministro percibió la mesa, dispuesta para la comida, exornada con gemelos floreros enanos, con doble servicio sobre el albor manted, doble juego de plata y de cristalería, que le sorprendió grandemente.

—¡Cómo!—exclamó—. ¡Dos cubiertos a la mesa! ¿Con quién íbas a cenar?

África, turbada, encendió el rostro por la inesperada pregunta, trémula y asustada, apenas se atrevió a balbuciar:

—Pues ya ves... Por si venías...

La torpe excusa hirió al prócer como una lanzada en el corazón. Aun no hacía cinco minutos que África se mostrara sorprendida por la inesperada visita de él. No era posible, pues, creer en aquella previsión que ella pretextara.

—¡A ver, a ver!—exclamó D. Calixto.— Explica me detenidamente eso...

Para acercarse a ella desembarazóse del gabán de pieles y fué a echarlo en una butaca colocada junto a la cristalería del balcón. Antes de soltar el abrigo retrocedió, conteniendo una exclamación. En el asiento de la butaca se veía un sombrero masculino. Un chambrego negro de amplias alas, chapeo de artista, «sombbrero de pintor o de bohemio», como pensó de pronto D. Calixto.

—¡África! ¿Qué significa esto?—rugió el prócer.

—¡Oh, por Dios!—atreviéndose a suplicar la contrabada.

Sus ojos lacrimantes, sus blancas manos extendidas en ademán de ruego, su voz balbuciente y la extrema palidez de su semblante pregaban la culpa de la mujer.

D. Calixto, herido por la repentina revelación inesperada, sintió en su alma escallar la furia, abrasarse el pecho con un fuego desconocido e insufrible, crispándose sus dedos con temblores de garra ávida de presa...

Miró a la puerta del gabinete contiguo, cerrada contra costumbre. Allí, sin duda, se ocultaba el cómplice de la linda pecadora. Sin hablar palabra se dirigió hacia allí, ansioso de encontrar en qué saciar su rabia, su pena y su venganza.

La puerta, bien asegurada, resistió a su primer empuje. Golpes recios, furiosos, hasta rendirse, hasta ensangrentar sus manos, dió el prócer contra las maderas, vallas de su furor, obstáculo a su afán vengativo. África, arrodillada a sus pies, desmelenada y trágica, abrazada a sus rodillas, le imploraba perdón...

Al ciego arrebató sucedió una pausa de cansancio y de extenuación. Hizo crisis el furor, y D. Calixto, vuelto en sí, recobrado el dominio que le hizo perder la afrenta, desasistió de África y retrocedió unos pasos lentamente, tambaleándose como un beodo.

—¡Perdón! ¡Perdóname!—sollozaba ella.

El prócer, ya más calmado, ni la miró siquiera. Vacilante el paso, inclinada la cabeza sobre el pecho, como agobiado por la pesadumbre de su pensamiento, triste y como tronchado el espíritu por el agudo sufrir, salió del comedor, sin reparar en volver a ponerse el gabán; cruzó otra vez el recibidor y el pasillo, y como un autómata inconsciente, abrió la puerta y salió a la calle, insensible el cuerpo a la cruda ventisca de la noche, ausente el alma y los sentidos embotados por la pesantez de su pena...

¿Cuánto tiempo anduvo así, perdido e indiferente a todo, a su vida, y a la vida, recorriendo una y otra vez calles excéntricas, largas avenidas solitarias, bajo el azul cobalto de la noche marceña, recibiendo ya la noción de ser, convulsio-

biendo en su rostro los alfilerazos del cerco implacable?

No hubiera podido determinar su larga caminata, errante por los arrabales de la ciudad, inconsciente, mascullando con palabras ininteligibles, una y otra vez, la cruel sinrazón de su desventura.

Cuando, ya al amanecer, atarido y desfalleciente, silbante el alentar, opaca la voz, mortecinas las pupilas, temblando de fiebre llegó a su casa, sus erizados apenas pudieran reconocer en aquel anciano lamentable, desabrigado y trémulo, al ilustre y poderoso señor D. Calixto Ruipérez, ministro de la Corona y uno de los más brillantes prestigios nacionales.

La última pasión

El excelentísimo señor D. Calixto Ruipérez, ministro de Estado, se moría.

Aquella terrible noche en la que África, la linda nena pecadora, fué descubierta en su traición, había sido el golpe de gracia asestado a la caduca vitalidad del ilustre personaje. El amanecer de aquel día ya rindió para siempre en el lecho a D. Calixto.

Los médicos diagnosticaron implacables, afirmando que el prócer sufría un fortísimo ataque pulmonar. La nocturna correría callejera del ministro fué ignorada por todos: su arribo a la casa señorial, sin abrigo y sin alientos, atarido y acongojado, fué cuidadosamente ocultado por la lealtad de los viejos servidores.

La enfermedad del gran hombre produjo honda emoción en todas partes: los periódicos llenaron sus galeradas detallando el curso de la dolencia; en la portería de su casa se llenaban a centenares los pliegos de firmas, como homenaje de sentimiento por el estado del gran patriota.

En los círculos políticos se estimaba como una irreparable pérdida la muerte prevista del ilustre gobernante, que en los momentos más críticos dejaba a la nación huérfana de sus grandes talentos. Aventura base ya la difícil probabilidad de encontrar ningún otro personaje que pudiera sobrellevar digna y eficazmente la herencia política del conspicuo estadista en aquellos tiempos de graves trastornos interiores y de turbulencias externas, que se agudizaban con la perenne tensión del problema de Marruecos...

¿Quién recogería el legado del gran hombre cuya muerte inmediata aseguraba la ciencia? ¿Quién sería osado de continuar con éxito el curso de su influencia política y social?

Mientras tanto, D. Calixto, rodeado de sus familiares, yacía en el lecho, abrasado por la fiebre, ahogado por la tos, consumido el cuerpo por la dolencia y rota el alma por la tragedia sentimental de su última pasión, tan cruelmente marchitada.

El gran hombre, ni aun en los momentos de lucidez; cuando la fiebre cedía y el hervor de su pecho le permitía reposo, hacía caso de advertencias cariñosas ni prescripciones terapéuticas.

Desconocía a sus deudos, repudiaba a los médicos, rechazaba las pócimas...

Una gran laxitud, un afán renunciador, de cansancio y de hastío, ensombrecía su espíritu. Rota la última ilusión de su vida, deshecho en el tremendo desencanto de una noche cuanto constituía su amor y su recreo, el prócer no deseaba ya vivir. Quería tan sólo que lo dejaran tranquilo esperar a la muerte como a la suprema esperanza liberadora.

Ante sus ojos, en las horas de fiebre, una sola figura se presentaba intangible y llena de hechizo, como encarnada por el encanto inefable de un sueño: África. Velada danzar y correr en torno suyo, toda blanca y morbida, fragante y deliciosa; percibía el centelleo apasionado de sus ojos, la jugosa púrpura de sus labios húmedos, la blancura inmaculada de su rostro, la llamardada de oro de su cabellera, graciosamente destrenzada; escuchaba la armonía pastosa de su voz, su charla viva y frívola, su clara risa juvenil, campanitas de plata que le repicaban al oído y le alegraban el alma. Y sobre todo parecía percibir junto a su cuerpo, destemplado y senil, la palpación de aquella carne tersa de ella, tibia y perfumada...

A veces el recuerdo de la traición le encendía en furias, y quería saltar del lecho y perseguir sañudamente al fantasma de aquel desconocido que había robado su felicidad.

Acometfale también, en ocasiones, una gran tristeza que le arrasaba en lágrimas los ojos. El recuerdo del bien perdido, la seguridad de que aquella nena tan amada tremaba ahora de pasión, y reía confiada y charlaba gozosa entre otros brazos varoniles que no eran los suyos, cansados y débiles...

Y así entró el gran hombre en la agonía, ante la expectación dolorosa de sus allegados, nimbado por el aura del dolor de todos, acechado por la atención de la nación entera, con dolida por su próxima pérdida. Perdida ya la noción de ser, convulsio-

nado y consumido por la fiebre, hundido en los abismos del delirio, persistió en don Calixto su obsesión.

Y ya en el último trance, en el estertor supremo, al expirar, rodeado de sus familiares, el gran hombre, con el postrer aliento, con el definitivo soplo de su alma, sólo pudo exclamar:

—¡África! ¡África!

La oculta ironía

Al día siguiente, un periódico ministerial, haciendo la necrología del gran hombre, después de ensalzar los innumerables méritos de su obra de gobernante, decía así: «Don Calixto Ruipérez, el eximio patriota fallecido, ha dado a la hora de su muerte un alto ejemplo de civismo. En esa hora suprema en que el alma, en los umbrales de lo desconocido, se despoja de todas las

ambiciones, lazos y concupiscencias terrenas y parece adquirir una sobrenatural clarividencia, el gran estadista ha hecho a su patria el postrero bien.

«A esos eternos murmuradores, a esos perennes descontentos, enemigos de todo, republicanos, socialistas y perturbadores que califican de ruinosa aventura la intervención de España en Marruecos, brindamos el último ejemplo y la postrer lección del gran hombre fallecido.

«A la hora de la muerte, el ilustre patriota D. Calixto Ruipérez, como tantos otros preclaros varones españoles, ha alcanzado la verdad de los destinos futuros.

«—¡África! ¡África!—fueron sus últimas palabras.

«Es decir: que una vez más los labios de un gran patriota han coincidido en afirmar la justeza de aquella frase inmortal del testamento de Isabel la Católica: «El porvenir de España está en África.»

desposada, y el general de Infantería de Marina D. Carlos Valcárcel, padre del novio.

Como testigos firmaron el acta, por parte de ella, sus hermanos D. Francisco y D. José Ochoa y su hermano político D. Juan Sardá, y por parte del contratante, el almirante jefe de la jurisdicción de Marina D. Federico Ibáñez, el auditor general de la Armada D. José Valcárcel y Ruiz de Apodaca, D. Guillermo G. Ruiz, D. Luis Valcárcel, D. Fernando Coghén y D. Ramón Argota.

Los recién casados han salido para Biarritz.

Las más lindas toilettes están en  
**LA VILLA DE PARIS**  
Tailleurs - Visitas - Soirée

# LA MODA AL DIA

En vuestro tocador no debe faltar  
**EL DENTIFRICO**  
**NACARINE**

## A LAS LECTORAS

### CHARLA FEMENINA

Cuando enero declina, recuerdo una broma tradicional que oía todos los años en esa época mientras duró mi infancia.

—¿Sabéis cuál es el mes en que hablan menos las mujeres?

—¿...?

—Es el mes de febrero... porque no tiene mas que veintiocho días.

La mayoría de las mujeres soportan con serenidad, otras con agrado, esta fama de charlatanas que desde tiempo inmemorial la opinión inflige al bello sexo.

Puede hacerse una comparación curiosa entre un café cualquiera frecuentado por hombres, y una de esas innumerables casas de té. En el café, los hombres, reunidos, juegan al billar, al dominó, se tapan la boca con un cigarro o una pipa, se disputan los periódicos y los devoran ávidamente. En los «afternoon teas», al contrario: las mujeres no necesitan ninguna distracción suplementaria, les basta la charla. Es más: creo que el té, las pastitas y los «toats» son puramente decorativos.

Las «parisiennes» no son golosas... por no engordar. Un té donde los pasteles fuesen de cartón y donde se sirviesen tazas vacías, podría tener éxito siempre que los asientos estuviesen confortablemente dispuestos para la charla y la casa situada en un sitio elegante, calle de la Paix, por ejemplo.

¿A qué se debe esta diferencia singular entre la locuacidad de los dos sexos?... Aseguran que ciertas condiciones fisiológicas la explican: los centros de la palabra articulada no son idénticos en los hombres y en las mujeres; en estos últimos son más flexibles, más activos... La misma voz femenina, alta y ligera, se presta a ello con sus rápidas vibraciones. La Naturaleza las ha dotado mejor para la charla. A este don natural hay que añadir la influencia de la educación.

Desde muy jóvenes se doma a los hombres al silencio: primeramente en el colegio, con su severa disciplina, prohibición de hablar en clase, en el estudio, en las filas... La ley del silencio es menos estricta en los conventos de niñas, y cesa pronto. Desde que cesa, empieza para la mujer una vida en la cual la charla no estorba sus ocupaciones.

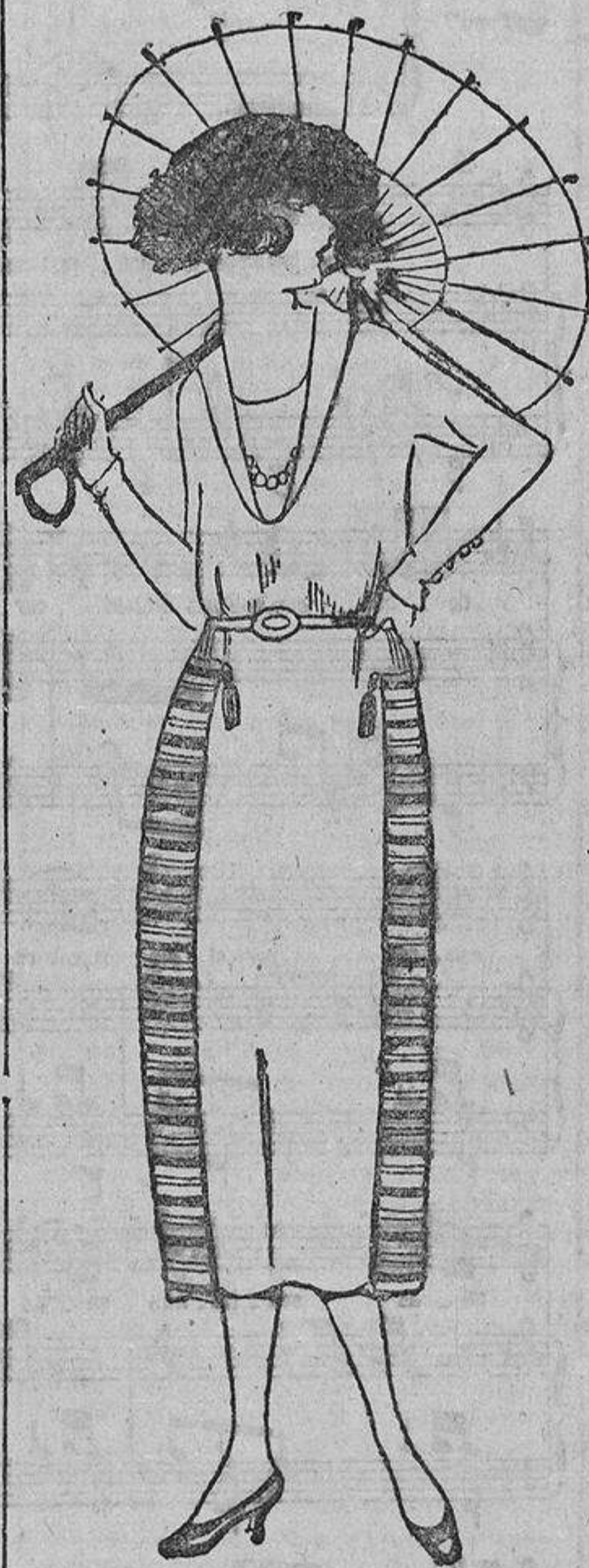
Los cuidados de la casa, los trapos, la puericultura no exigen el que esté con la boca cerrada; al contrario, educar un niño



Esta blusa deliciosa, con sus volantitos o plissés, confeccionada en crespón de China, puede ir sobre cualquier falda, como asimismo puede hacer un traje entero, con falda igual.



Traje sastre, de tejido inglés a cuadritos blancos y avellana ribeteado con trencilla de seda color avellana. La faldita con grupos de pliegues y tablas.



Muy «chic» este vestido de punto de lana blanco, con sus paños rayados en colores vivos sobre fondo blanco, y la sencillez de su cuerpo, de cuello vuelto.

exige una charla seguida. ¡Hace falta infatigables repeticiones de vocablos y de ideas!

En esta venerable charla de la mamá, el nuevo sér hace su provisión de pensamientos y de palabras.

Educado por Gorenflot (aquel personaje de Dumas que no hablaba mas que por monosílabos), un niño, a los diez años, no sabría fabricar una frase.

Por lo tanto, a la charla femenina debemos, nosotros hombres, el saber hablar. Tenemos, además, otro motivo para ser indulgentes, y es que nosotros mismos provocamos y alentamos. Siempre que una boca femenina sea agradable a la vista, nos encanta que nos hable.

Las mujeres bonitas, las mujeres jóvenes pueden charlar todo lo que quieran, para no decir nada; el auditorio masculino no les reconocerá, a pesar de eso, gracia, elocuencia o «esprit».

Lo malo de este privilegio es que la mujer envejece, como los hombres, día por día; los años, que le quitan despiadadamente su frescura, no le quitan el placer de la charla. Un día, los jóvenes dirán de ella: «¡Qué insoportable cotorra!...» Y sus contemporáneos responderán: «¡Decía las mismas cosas hace veinte años, y las encontrábamos deliciosas!...»

Sin embargo, el exceso de charla es un grave defecto femenino; grave, sobre todo, por sus consecuencias.

La charla desmedida impide a la mujer el pensar. Una mujer habladora se acostumbra a no pensar mas que hablando; es una mala costumbre.

La palabra es breve, su flúido es rápido; si el pensamiento se modela sobre ella, se vuelve forzosamente sumárisimo. Ya no es una idea propia, es la memoria recogida de ideas hechas tomadas al azar, nunca sacadas del sentido crítico ni comprobadas por la reflexión.

¿Existe algun medio práctico para luchar contra la charla excesiva?

Quizá diese resultado enseñar a una niña a saber callarse, en primer lugar, enseñándole a no hablar cuando hablen varias a la vez, lo que es insoportable, y después acostumbrarla diariamente, primero, a un cuarto de hora de silencio y reflexión; después, media hora; luego, una hora. Esta disciplina fortalecerá la conversación, dándole músculos y nervios, sin quitarle el encanto de la vivacidad, el sentido pintoresco, el movimiento en el discurso, que casi todas las mujeres poseen.

Por la traducción,  
M. DE M.

haciéndola su cómplice para crímenes ignorados, menos de Dios y de ella.

Perine poseía secretos terribles, tenía en su mano el honor de cien familias que no dudaban de ella. Muchas gentes, por buenos precios, alquilaban a los calaveras llenos de años y blasones, y a los rentistas del siglo XVIII, un gran número de esas «pequeñas casas» que servían de teatro a las orgías de una época desvergonzada. Ninguna de las galantes aventuras, cuyos héroes y heroínas tenían un nombre y una posición social, permanecía en el misterio para «la Vampir», que conocía mejor que el intendente de Policía todas las faltas y vergüenzas. Cada día añadía algunas líneas a las páginas «in folio» del inmenso registro que le hemos visto hojear para ver el nacimiento de Juana de Simeuse. Más de uno de los secretos contenidos en aquel registro había sido o debía ser una verdadera mina de oro.

Un día, uno de los agentes que desempeñaban en París el papel de «buscadores» para llevarlos a Perine, y que conducían frecuentemente a la Casa Roja individuos de buena pasta dispuestos a pagar sin regatear el dinero necesario a sus calaveradas o sus vicios, uno de esos «buscadores», decimos, anunció triunfalmente a «la Vampir» que acababa de caer en sus redes un gentilhomme bretón, disipador de primer orden, aunque algo arruinado, pero poseedor aún de buenas tierras en su país natal, y con muchos deseos de deshacerse de ellas mediante algunos puñados de oro. Añadió que este gentilhomme se llamaba Lucas de Kerjean.

Perine se estremeció al oír pronunciar aquel nombre que le hacía venir a la memoria de improviso todos los recuerdos del tiempo pasado. Su emoción no fué mas que pasajera. Se trataba de un importante negocio. Dejó pasar algunas semanas y pidió informes a Bretaña.

Los informes fueron francos y precisos. Lucas había vendido todo, empeñado todo lo concerniente a la casa paterna y sus dominios hereditarios. No existía ya a los bordes del Océano ni una pulgada cuadrada de terreno que fuese aún de su propiedad.

En tal estado de cosas, abrir un crédito al barón era tirar el dinero en un pozo sin fondo, y Perine no pensaba en eso; pero estaba deseosa de ver, después de tantos años, al pretendiente de su juventud, e hizo llamar a su compatriota.

La varonil e imperiosa belleza de aquel que había dejado casi niño y que volvía a encontrar en toda la fuerza de su edad hizo sobre «la Vampir» una impresión profunda. Le pareció que si alguna vez en la vida debía amar a algún hombre, éste no sería otro que Lucas Kerjean.

Aquella emoción casi amorosa no podía además hacer olvidar un solo instante a Perine sus intereses pecuniarios.

El gentilhomme bretón la agradaba; pero de esto a prestarle una suma cualquiera, sin más que por su linda cara, había una gran distancia.

«La Vampir» buscó un medio de conciliarlo todo y le encontró.

—Señor barón—dijo con la voz cascada que no dejaba nunca de adoptar en el momento que se ponía su máscara de cera—, ¿tenéis necesidad de dinero?

—La más urgente necesidad, señora, y para pedíroslo es por lo que he venido aquí—respondió el gentilhomme—. Se trata nada menos que de ofrecer un presente digno de ella a una adorable cómica de la comedia italiana que debuta esta noche.

—¿Y cuánto os hace falta?

—¡Oh, una bagatela, diez mil libras!

—¿Qué garantías podéis ofrecermé si os presto esas diez mil libras?

—La mejor de todas.

—Veamos.

—Os pondré en mi lugar, por un acta en toda regla, para cobrar hasta amortizar la suma que me adelantéis, y los intereses que devenguen las rentas de mis dominios de Bretaña...

—¿A qué asciende la suma de esas rentas, señor barón?

—A treinta mil libras lo menos...—repuso Kerjean sin inmutarse.

—Vamos—se dijo Perine—, mi querido compatriota es un pollo de cuenta, no para pedirme dinero, sino para robármelo.

Luego en alta voz repuso moviendo la cabeza:

de haber guiado tus infantiles pasos, he podido verte crecer y realizar todos mis sueños y esperanzas... ¡Hoy, puesto que Dios me llama a su seno, me resigno a abandonararte y no tengo mas que un deseo: el de sentir tu mano en la mía en el momento en que expire... y tener ante mis ojos, mientras tenga un rayo de luz, las facciones queridas de tu rostro.

—¡Padre mío!—exclamó Lucas—. Padre mío, no habléis así!

—Querido hijo—continuó el agonizante—, permanece a mi lado... Ciertamente, la muerte no me espanta... espero firmemente que no me llame sino para abrirme las puertas del cielo, a que me ha precedido tu madre... y sin embargo, si la tuviera que esperar en la soledad y oscuridad, creo, sí, que me daría miedo. ¡Hijo mío, no me abandones!...

Lucas, conmovido por este ruego supremo, tuvo un momento la intención de dejarse caer sobre la silla que acababa de abandonar.

Pero el demonio tentador, que le lanzaba al mal, evocó delante de él, en una deslumbradora visión, la imagen de Perine destacándose, blanca y luminosa, bajo las bóvedas sombrías de la Torre de los Cuervos.

Si Lucas faltaba a esta primera cita, quizás la bretona no le perdonaría su ausencia y volvería a ser tan inflexible como hasta entonces.

El joven no titubeó; llevó a sus labios la débil mano de su padre y por segunda vez se dirigió hacia la puerta.

—Hijo mío—continuó el anciano con una voz que se debilitaba por momentos—: ¡Te lo suplico; permanece a mi lado!...

—No me detengáis, padre mío—respondió el joven—. ¡Es preciso que salga! Es preciso...

—En nombre de Dios vivo, que ha permitido que sea tu padre, te conjuro y te ordeno veles mi agonía.

Lucas se alejaba a buen paso para no oír la voz de su padre.

—Si me abandonas—prosiguió monsieur de Kerjean—, moriré llamándote, y acuérdate que los gritos de un padre

cuando llama a su hijo y éste no viene, son casi una maldición...

Lucas tenía ya un pie en el dintel; se lanzó fuera de la estancia y cerró la puerta tras sí, ahogando de este modo el último llamamiento de su padre.

El joven salió del castillo, y sacudiendo la cabeza sin duda para alejar de sí los murmullos siniestros y los lamentos que llegaban a sus oídos, se puso a correr con toda velocidad en dirección de la Torre de los Cuervos.

Cuando llegó a la ruinoso portada del antiguo edificio, el crepúsculo sucedía al día; la hora de la cita había transcurrido; el joven debía esperar hacía mucho tiempo.

—¡Heme aquí, Perine!—exclamó—. Heme aquí, ya he llegado.

Tan sólo le respondió el eco de las bóvedas graníticas.

Asombrado, pero no inquieto, por aquel silencio, Lucas subió la escalera y penetró, lo mismo que un huracán, en la sala del primer piso, en donde Samuel había establecido su domicilio.

Pero retrocedió casi de repente, lanzando una exclamación de terror.

La linda bretona, como ya sabemos, no acudió a la cita y Lucas se encontró frente a frente del repugnante cadáver del viejo judío.

Repuesto de su sorpresa y de su asombro al cabo de algunos segundos, Lucas se persuadió a sí mismo, diciendo que aquel repugnante espectáculo había sin duda hecho huir a Perine, llegada antes que él.

—¡La verá mañana!—se dijo.

Y volvió a tomar el camino del castillo. En el instante preciso en que penetró en la alcoba paterna, una hora tan sólo había transcurrido desde su marcha; pero había bastado para hacer de él casi un patriarca.

El barón de Kerjean había muerto! ¡Muerto sin haber estrechado por última vez, como lo deseaba con tanto ardor, las manos de su hijo entre las suyas! ¡Muerto maldiciendo quizás a aquel hijo ausente, aquel hijo ingrato!

Sus ojos, extremadamente abiertos, asustaban por la firmeza de sus pupilas ya

D. Pedro Badía, el notable maestro compositor, empezó a estudiar solfeo a los ocho años, siendo su maestro D. Tomás Torres, gran organista y mejor compositor, que en aquel entonces ocupaba los cargos de maestro de Capilla de la parroquia y organista del Santuario del Santo Cristo de la ciudad de Balaguer (Lérida), pueblo natal de Badía. Con él aprendió el piano y el órgano, pero con poco provecho, porque todas sus aficiones eran para los estudios de armonía y composición. Escribió entonces algunas obras religiosas, una sinfonía y varios pasacalles para banda, y fué director del orfeón de la Juventud Católica.

A los veintinueve años se estableció en Lérida, donde también dirigió el orfeón «La Paloma».

Año y medio después vino a Madrid, lleno de ilusiones y con muy pocos recursos, que se terminaron muy pronto, y tuvo que sostener una lucha titánica por la existencia y para obtener un puesto en su arte.

En los primeros tiempos de su estancia en Madrid tocó y cantó en funciones religiosas, y fué algunos años director del orfeón «Eco de Madrid», para el cual escribió algunas obras para voces solas, entre ellas «Gran jota aragonesa», «Himno a Cervantes» (para su Centenario) y una fantasía a cuatro voces de «Gigantes y Cabezudos», que se estrenó en el teatro de la Zarzuela en el cuarto beneficio de los autores de dicha obra y se siguió cantando varias noches consecutivas después.

Buscando otros horizontes, marchó de director con una compañía de zarzuela durante un año por provincias.

En esta época empezó su actuación en el género de «varietés», pues entró al poco tiempo de su regreso de director en el Salón de Actualidades, catedral (como decimos ahora) del género en aquellos tiempos, y donde las célebres artistas Pastora Imperio, Amalia Molina, Fornarina, Lulú, Argentina, Candelaria Medina y tantas otras hacían las delicias del público. Allí estrenó «Zambra gitana», «El adiós del baturrico», «Los grumetes», «Las criollas», «La babucha del Sultán», etcétera, etc., que se hicieron cada una de ellas tres y cuatrocientas veces. Escribió muchas canciones y cuplés, que varios de ellos se cantaron muchos años consecutivos, y no había artista en España que no los llevase en su repertorio. Para remate de esta brillante época de varietés en el Salón de Actualidades, la Empresa don Ramiro Cebrián se pasó al teatro Novedades para implantar el género en gran escala. Fué aquella una temporada brillantísima, no igualada hasta el día, en la cual actuaron, además de las principales artistas españolas ya citadas, todas las principales atracciones extranjeras. La Empresa le llevó allí de director, y a pesar del trabajo impropio que sobre sí tenía, escribió

# ACHARES

Canción española :: Creación de Amalia Molina :: Letra de Montesinos y Torres :: Música del maestro Pedro Badía

Por un hombre que yo que-ro mees hoy mueriendo de pe-na y sus picaros achares son pa mí la pe-na ne-gra Por otra me a ban do-nas aun-que mis du-cas o-cur-ro a-fir-me que co-mo yo na-die te que-rrá en er mun-do Por él me mue-ro por él me mue-ro le que-ro más que a mi ma-re y di-ce que no le que-ro sen-tra-ñas mi-as sen-tra-ñas mi-as no te ol-vi-des de tu ne-na que tu ne-na no te ol-vi-a

Al 2º dos veces y sigue

varios cuplés y canciones, pantomimas y cuadros plásticos, etc., etc.

Luego fué director de los teatros Martín, Apolo y Gran Teatro.

Hasta la fecha tiene estrenadas, casi todas con gran éxito, 56 obras en uno, dos y tres actos.

Badía nos declara que en alguna de sus obras, terminada ya, tiene una gran fe, y puede tenerla, porque Badía es un verdadero técnico, de fresca inspiración y un trabajador incansable, que por todas estas circunstancias merece que el éxito corone sus esfuerzos.

## Letra de ACHARES

I

Po un hombre que yo quiero me estoy muriendo de pena, y sus picaros achares son pa mí la pena negra. Por otra me abandonaste; aunque mis ducas ocurto, afirmo que como yo nadie te querrá en er mundo,

Estróbillo.

Por él me muerdo, por él me muerdo; le quiero más que a mi mare, y dice que no le quiero. Sentrañas mías, sentrañas mías, no te olvides de tu nena, que tu nena no te olví-a.

II

Ayer le ví por la calle, quise hablarle, ¡y no me oyó! Fué aquello una puñalada en mitad del corazón; ni mis llantos ni mis quejas le lograron conover; ¡mardita sea la hora que yo le dí mi querer!

Estróbillo.

Por él me muerdo, etc.

III

No me pueo resignar que su amor sea para otra, y al pensarlo me parece que me voy a gorver loca. ¡Virgen santa, te lo pío para que cesen mis penas: que olvie pronto a la otra y güerva pronto a mi vera.

Estróbillo.

Por él me muerdo, etc.

apagadas, y su rostro ofrecía una expresión a la vez amenazadora y dolorosa.

—Mi padre ha vivido largo tiempo—se dijo Lucas con una perfecta calma—. Había traspasado con mucho aquella edad a la cual no llegó mas que un pequeño número de privilegiados... ¡No puedo, pues, compadecerlo y me esforzaría en vano para llorar!... Como respeto a su memoria, y sobre todo por respeto a mí mismo, voy a representar frente a aquellos que me rodean una comedia haciendo que lloro...; pero, en el fondo, estoy consolado, porque soy dichoso y rico.

¡Tal fué la corta oración fúnebre en favor del barón de Kerjean, el más leal de los leales bretones, el mejor de los hombres; pero también el más débil de los padres!

### XIII

#### Los cómplices.

Nos ha parecido no solamente útil, sino indispensable, el dar a conocer los detalles que preceden, a fin de hacer conocer a nuestros lectores la naturaleza y el carácter de dos seres colocados por los azares del nacimiento, el uno en la cima, la otra en los últimos grados de la escala social, y que, sin embargo, los nudos inextricables de una espantosa complicación debían soldar a uno y otro en el porvenir como la cadena infame del presidio une dos presidiarios apareados.

Ahora ya los conocemos. Se sabe lo que valían en el fondo.

Al día siguiente de la muerte del barón de Kerjean, Lucas tuvo que sufrir a la vez una doble decepción. Desde luego supo que Perine, su Perine, vanamente adorada, hacía dos días que había abandonado la aldea, y sin duda la Bretaña, sin que le fuese posible descubrir de qué lado la fugitiva había encaminado sus aventureros pasos.

Este fué un golpe cruel.

El segundo no lo fué menos.

El joven vió la fortuna hereditaria de los Kerjean, aquella fortuna con tanta

avidez ansiada por él, escaparse de sus manos para muchos años.

Se reunió un consejo de familia para nombrar un tutor al joven heredero y para confiar a este tutor la administración de todos los bienes hasta la mayoría de edad de Lucas.

El tutor era un anciano tío de nuestro héroe, un gentilhomme rígido y severo, que tomó en serio sus funciones y limitó demasiado la libertad de que gozaba el joven en vida de su padre. Lucas intentó rebelarse contra las duras exigencias; pero tenía que habérselas con un hombre de bronce, enteramente en sus ideas, absoluto en sus convicciones e inflexible en sus voluntades. Esto, como es consiguiente, hacía la lucha desigual, o mejor dicho, imposible. Lucas fué vencido y durante cuatro años mortalmente largos debió sufrir un yugo que le parecía abrumador e intolerable.

Por fin sonó para el joven la hora mil veces bendita de su ansiada mayoría de edad. El anciano tío le rindió estricta y escrupulosamente sus cuentas, y en seguida le dijo:

—Señor sobrino, ya sois libre. He cumplido con mi deber; tratad ahora de cumplir con el vuestro.

Aquel mismo día, Lucas de Kerjean encerraba en una arquita de hierro todo el oro economizado por el tutor durante los años de su menor edad y que representaba próximamente la enorme suma de 100.000 libras, colocaba esta preciosa arquita sobre los cojines de una antigua carroza, pedía caballos de posta y tomaba alegremente el camino de París.

Debemos hacer constar que Lucas había abjurado desde hacía mucho tiempo de su primer amor, y que a lo sumo, si la imagen de Perine se le aparecía alguna vez, era de una manera vaga y casi borrada.

Tan pronto como se encontró en la gran ciudad, el gentilhomme bretón se precipitó por completo y con un ardor sin límites en el refinamiento del lujo más desenfrenado y en los locos placeres de la más elegante incontinencia.

Era joven y hermoso, sobre todo rico.

Bien pronto tuvo adúladores y parásitos, pues no le faltaron ni alegres compañeros

de orgía, ni lindas compañeras de placer.

Dejémosle correr a rienda suelta solo el gran camino de la ruina, y volvamos a Perine Engoulevant que desde que había dejado la Bretaña aprovechaba del mejor modo posible, es decir, con una maravillosa habilidad, los sabios consejos de Samuel.

Después de haber habitado durante algunos años una boardilla en la calle del Claustro de Nuestra Señora, donde hemos visto a los criados de confianza del duque de Simeuse ir a buscar la noche del martes de Carnaval del año 1752; después de haber en esta humilde morada conquistado cierto renombre y reunido muy buenas sumas, se le puso de repente en la cabeza a Perine que marchaba demasiado despacio a la realización de sus deseos y esperanzas. Se persuadió, y no sin razón, que su juventud y su rostro encantador, bien lejos de ayudarla, eran, por el contrario, grandes obstáculos para la extraña carrera que había abrazado.

—Una bonita embaucadora—se dijo—no sabría inspirar al público supersticioso una ciega confianza. Los hermosos ojos y los labios sonrosados parecen incompatibles con las misteriosas prácticas de la magia y de la alquimia.

En su consecuencia, Perine se resolvió a metamorfosearse encarnándose bajo una forma muy distinta de la suya y de crear así una nueva individualidad. La idea triunfante de la máscara de cera hacía posible, y fácil esta brusca transformación de una joven en octogenaria.

Un día la boardilla de la calle del Claustro de Nuestra Señora se vió abandonada, e Ivonne Tréal desapareció, con gran disgusto y pesar de los habitantes de la ciudad, que supusieron que el diablo se había apoderado de la adivina.

El mismo día Perine Engoulevant, encorvada bajo el peso de ochenta inviernos, tomaba posesión de la Casa Roja alquilada por ella.

Los sucesos no tardaron en probar cuán justos habían sido los cálculos de la bretona. La octogenaria adquirió mucha más celebridad en algunas semanas que Ivonne durante algunos años. Todo París se ocu-

pó de la hechicera, salida no se sabía de dónde, quizás del infierno, y la ciudad y la corte sitiaron la puerta de la Casa Roja.

Esta casa ya sabemos que estaba admirablemente situada para servir de asilo a una mujer de la condición de Perine. Sus dos salidas a dos calles diferentes permitían a los visitantes dejarla sin atraer sobre ellos la atención por la casa a la cual habían entrado furtivamente.

Casi todos los clientes de la hechicera tenían cuidado además de ocultar sus rostros antes de franquear el dintel de la puerta roja. Cada uno se esforzaba por envolver en un misterio profundo sus visitas a la hechicera, sobre la cual en público corrían rumores siniestros y de una naturaleza un poco intranquila.

El buen pueblo parisiense pretendía (pero sin duda a ciegas, puesto que la policía no intervenía en ello) que no solamente Perine echaba las cartas e interrogaba a los astros, vendía los filtros que hacen amar y aquellos que convierten en fieles a las mujeres, sino que estaba seguro de encontrar en su casa, a precio de oro, esos polvos fatales y esos elixires homicidas de los que el judío Samuel, de execrable memoria, hacía en otro tiempo tan gran tráfico.

También los papanatas, apareando una expresión energética a los cuentos orientales, muy a la moda en aquella época, habían reemplazado el nombre de Perine Engoulevant con el sobrenombre de «la Vampira». Se sabe que los vampiros del Asia y de las Indias son horribles y extrañas criaturas que se alimentan de cadáveres.

A sus numerosas y tenebrosas industrias Perine unía una generalmente ignorada y que no era, sin embargo, la menos lucrativa. Se dedicaba a la usura; mediante buenas garantías y enormes intereses prestaba dinero a los gentileshombres derrochadores y a los hijos de familia deseosos de comer su patrimonio.

«La Vampira», no era sólo rica y temible, sino que era poderosa, no por ella, sino por sus relaciones desconocidas.

Grandes señores, y de los más elevados en la corte, no podían rehusarle su protección oculta. Se habían hecho sus esclavos